

Sobre el Año de la Fe

(11 de octubre de 2012-24 de noviembre de 2013)

“Conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre”

Mons. Antonio Marino
Obispo de Mar del Plata

Motivos inspiradores:

50° aniversario del inicio del Concilio Vaticano II

20° aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica

Sínodo de los Obispos (“La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”)

La Carta Apostólica ***Porta fidei*** 8 dice lo siguiente:

En esta feliz conmemoración, deseo invitar a los hermanos Obispos de todo el Orbe a que se unan al Sucesor de Pedro en el tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para rememorar ***el don precioso de la fe***. Queremos celebrar este Año de manera digna y fecunda. Habrá que intensificar ***la reflexión sobre la fe*** para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de ***confesar la fe*** en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de ***conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre***. En este Año, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el *Credo*.

La Congregación para la Doctrina de la Fe da las siguientes *Indicaciones* al respecto: “El Año de la fe será una ocasión privilegiada para promover el conocimiento y la difusión de los contenidos del concilio Vaticano II y del [Catecismo de la Iglesia Católica](#)”.

La formación permanente del clero podrá concentrarse, particularmente en este Año de la fe, en los documentos del Concilio Vaticano II y el [Catecismo de la Iglesia Católica](#), tratando, por ejemplo, temas como “el anuncio de Cristo resucitado”, “la Iglesia sacramento de salvación”, “la misión evangelizadora en el mundo de hoy”, “fe e incredulidad”, “fe, ecumenismo y diálogo interreligioso”, “fe y vida eterna”, “hermenéutica de la reforma en la continuidad” y “el *Catecismo* en la atención pastoral ordinaria”.

Para explicar el contenido de la Carta Apostólica del Santo Padre, vamos a estructurar nuestro comentario en tres partes:

- Breve visión bíblica sobre la fe (Antiguo y Nuevo Testamento)
- Reflexión sobre la fe
- Dimensión eclesial de la fe

Breve visión bíblica sobre la fe (Antiguo y Nuevo Testamento)

Fe en el AT - 'Emunah

La fe aparece en el AT como la respuesta del hombre a Dios, el Dios de la Alianza, que se revela en sus intervenciones salvíficas, en su palabra y en sus promesas. Sólo de él viene la salvación. La palabra fe es correlativa a la revelación de Dios y a su palabra.

'Aman. Ser sólido, firme, seguro. La seguridad o solidez de un edificio que descansa sobre roca o sólido fundamento. La confianza y seguridad de un niño en el regazo de su madre.

La raíz Hebrea **'aman** significa ser firme, algo que está apoyado o seguro, sobre sólido fundamento. Esta palabra es usada en Is 22,23 para un clavo que se sujeta a un lugar “seguro”. Derivada de esta raíz está la palabra **'emun** que significa un artesano. Un artesano es aquel que está firme y seguro de su talento. También se deriva de **'aman** la palabra **'emuná** que significa firmeza, algo o alguien que se mantiene firme en sus acciones.

De la raíz **'aman** se deriva también nuestro **'Amén**: “esto es sólido”, “esto es firme”, “es así”, “que sea así”.

La fe consiste en apoyarse en Dios, sobre su palabra: el hombre que es débil se vuelve fuerte al apoyarse en Dios que es fuerte. La salvación del hombre se funda en la fuerza de Dios. Is 12,2; 30,8-15 (12.15); Sal 28,7-8

Apoyarse en Dios implica una relación personal del hombre con Dios. Creer en Dios es confiarse a sí mismo a su Palabra. En el Antiguo Testamento predomina el sentido de fe como abandono confiado del hombre a Dios que le habla.

Para ver con más claridad el sentido de la fe podemos recurrir a la Sagrada Escritura y ver el caso de Abraham (Gn. 15, 6). En este pasaje, la fe significa en primer lugar, confianza en su palabra; en segundo lugar, convencimiento del cumplimiento de sus promesas y en tercer lugar, sometimiento a la voluntad de Dios (obediencia).

En la fe hay un convencimiento de la omnipotencia divina Gn 18,14 Cf. Lc 1,37: “para Dios nada hay imposible”. Esto sucede con el sacrificio de Isaac (Gn 22).

Para comprender mejor el significado de la fe es bueno tener en cuenta lo que enseña el significado del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados, insiste particularmente en la fe de Abraham: «Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba» (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la

fe, a Sara se le otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. *Hb* 11,17) (CATIC 145).

Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven» (*Hb* 11,1). «Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia» (*Rm* 4,3; cf. *Gn* 15,6). Y por eso, fortalecido por su fe, Abraham fue hecho «padre de todos los creyentes» (*Rm* 4,11.18; cf. *Gn* 15, 5) (CATIC 146).

Otros ejemplos de lo que significa la fe lo encontramos en Moisés y lo que significa para el pueblo de Israel como sucede en varios pasajes del libro del Éxodo (3,1-23; 4,1-5; 4,30-31).

En mismo libro del Éxodo 14, 31 dice: “El pueblo temió al Señor y creyó en él y en Moisés su servidor”, en este caso creer al Señor equivale a aceptar como real la aparición de Dios a Moisés, a aceptar la promesa, a obedecer porque se pone en marcha.

Lo contrario de estas notas de la fe lo encontramos en la rebeldía del pueblo en el desierto: negación de las intervenciones de Dios, desconfianza en su palabra, rebelión (desobediencia). Así aparece la falta de fe en los siguientes textos: Nm 14,11; Nm 20,12; Dt 1,32 y 2 Re 17,14.

Las presentaciones sobre la fe en el AT alcanzan su cumbre en Isaías, sobre todo en la 2ª parte (Is 40-55). En Is 7,1-9 encontramos una exhortación a mantenerse fieles a la promesa de Dios y a confiar sólo en ella. Especialmente en el versículo 9.

En el Déutero-Isaías encontramos el aspecto confesional, cognoscitivo: creer equivale a entender, comprender: Is 43,10-11.

Aquí la fe tiene un contenido doctrinal: Yahveh es único, sólo él salva y sólo en él se puede confiar.

Resumiendo tenemos que decir que la fe en Antiguo Testamento implica confianza, recuerdo (conocimiento de las maravillas obradas por Dios), confesión de contenidos doctrinales, sumisión (obediencia) a la Palabra de Dios, conciencia de una historia de la salvación, una referencia a la escatología, y en definitiva una comunión de vida con Dios.

Fe en el NT

En primer lugar, tenemos que decir que la fe aparece vinculada con los milagros porque en los relatos bíblicos aparece en las actitudes que expresan la fe.

Cristo curaba toda clase de enfermedades y expulsaba los demonios, multiplicó los panes y sanó al leproso que le imploraba de rodillas, así como al paralítico, al sordomudo, al ciego y a la hemorroísa, etc.

Pero en su testimonio constante de compasión, Cristo privilegió la fe por encima de la salud física. Ante el paralítico comienza por el perdón de los pecados y da más relieve a la salud espiritual que a la curación física (Mc 2,1-12; cf. v.5: “Al ver la fe de esos hombres, Jesús dijo al paralítico...”).

Los milagros que obraba acontecían en respuesta a la fe u orientados a suscitarla (Mt 9,27-31: dos ciegos le suplican a gritos: «Ten piedad de nosotros, Hijo de David»... él

les preguntó: «¿Creen que yo puedo hacer lo que me piden?» Ellos le respondieron: «Sí, Señor»).

Los milagros nunca ocurren al margen de un significado de salvación. Son signos que llaman la atención sobre la presencia del Reino de Dios y sobre el mismo Jesús, identificado con el Reino. A veces la fe es condición del milagro, otras veces el milagro provoca la respuesta de fe.

Elogia la fe del centurión: “Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel **que tenga tanta fe**” (Mt 8,10; cf. 1-13). También elogia la fe de la mujer cananea: “Mujer, **¡qué grande es tu fe!** ¡Que se cumpla tu deseo!” (Mt 15,28; cf. 21-28).

Debemos preguntarnos qué es lo que hace que esta fe elogiada por Jesús sea considerada “grande”. ¿Es por la magnitud de contenidos?

La falta de fe lo inhibe para obrar milagros, pues estos no tienen por finalidad centrar la mirada en lo maravilloso sino en la invitación de Dios al cambio de vida. El evangelista deja constancia de que en Nazaret “él se admiraba de su falta de fe” (Mc 6,6).

En segundo lugar, tenemos que decir que si bien la fe aparece vinculada con los milagros, ésta no depende de dicho milagro. Como aparecen en algunos pasajes bíblicos: la curación del hijo un funcionario real (Jn 4, 46-54) Jesús dice: “Jesús le dijo: **«Si no ven signos y prodigios, ustedes no creen»**” (v. 48). En el Evangelio de Juan (20,29) Jesús dice: “Ahora crees, porque has visto. **¡Felices los que creen sin haber visto!**”.

En tercer lugar, la fe aparece centrada en Cristo: la gran novedad es que se cree en Jesús como se cree en Dios. Esto aparece en varios pasajes: Jn 6,28-29: “¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios? La obra de Dios es ésta: que **crean en el que él ha enviado**”. Jn 14,1: “No se inquieten. **Crean en Dios y crean también en mí**”

Rom 10,9-17: 9. Porque **si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado...** 17. La fe, por lo tanto, nace de la predicación y **la predicación se realiza en virtud de la palabra de Cristo**).

En el Nuevo Testamento la fe también aparece claramente como un don divino: Jn 6,44.65; 1Cor 12,3; Mt 16,17; Mt 11,25; Hch 16,14.

Por otra parte, quiere decir que la fe está vinculada esencialmente con la Pascua: “El Señor resucitó en verdad”. La fe en la resurrección ha sido entendida y vivida desde el comienzo como promesa suprema de salvación y de llamada a la conversión. La fe pascual no es mera convicción de la resurrección sino también aceptación existencial de la salvación de Dios en Cristo. La fe es entonces aceptar la Resurrección de Cristo y esto se convierte en garantía de la resurrección futura para el creyente (Rom 6,4-5).

En cuarto lugar, hay que señalar en el NT un pasaje del sentido subjetivo al objetivo en el orden de la fe. Como aparecen en los siguientes pasajes:

Rom 10,8-9: La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, es decir, **la palabra de la fe** que nosotros predicamos. Porque **si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Jesús lo resucitó de entre los muertos, serás salvado.**

1 Tim 6,20-21: Querido Timoteo, conserva el bien que te ha sido confiado. Evita la impiedad de una vana palabrería y las pretensiones de una pretendida ciencia, ya que por haberla profesado, **algunos se han apartado de la fe**.

Judas 3: Queridos míos, yo tenía un gran deseo de escribirles acerca de nuestra común salvación, porque me he visto obligado a hacerlo con el fin de exhortarlos a combatir por **la fe, que de una vez para siempre ha sido transmitida a los santos**.

En quinto lugar, habría que señalar que existe en el NT una *unidad inseparable entre el acto de fe* (fe en sentido subjetivo) y *los contenidos de la fe* (fe en sentido objetivo). Así por ej. Rom 10,9-10: Porque si **confiesas con tu boca** que Jesús es el Señor y **crees en tu corazón** que Jesús lo resucitó de entre los muertos, serás salvado. Con el corazón se cree para alcanzar la justificación y con la boca se confiesa para obtener la salvación.

Comentario de Benedicto XVI a Rom 10,10 en *Porta fidei* 10: “En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (cf. *Rm* 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo”.

Por otra parte, hay que señalar que la fe es un acto de obediencia porque conlleva la aceptación de la gracia de Dios en Cristo. Esto aparece en los siguientes textos: Rom 1,5: Por él hemos recibido la gracia y la misión apostólica, a fin de conducir a la **obediencia de la fe**, para gloria de su nombre a todos los pueblos paganos. Esto también se puede ver en Rom 2,8 y 6,17.

Para comprender mejor estos pasajes bíblicos podemos recordar las enseñanzas del *Catecismo de la Iglesia Católica* (144). Este nos dice que: “Obedecer (*ob-audire*) en la fe es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma. Por todo en el presente ya en el presente la fe es comunión de vida con Cristo (Gal 2,20).

El mejor ejemplo para comprender lo que significa la fe es María: **«Dichosa la que ha creído»**. El Catecismo enseña:

La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que «nada es imposible para Dios» (*Lc* 1,37; cf. *Gn* 18,14) y dando su asentimiento: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38). Isabel la saludó: «¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (*Lc* 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. *Lc* 1,48) (CATIC 148).

Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf. *Lc* 2,35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el «cumplimiento» de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe (CATIC 149).

Reflexión sobre la fe

Para explicar el sentido de la fe podemos comenzar con un texto de la Dei Verbum 5: “Cuando Dios revela hay que prestarle “la obediencia de la fe”, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando “a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad”, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que proviene y ayuda, a los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da “a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad”. Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones”.

Para comprender mejor que significa la fe es bueno compararla con otras actitudes o respuestas que el hombre tiene cuando se recibe el testimonio de alguien. En primer término, la duda: estado de quien no está seguro de algo que se dice o se escribe. Puede ser así o no. En segundo término, la opinión: “concepto o parecer que se forma de una cosa cuestionable” (Diccionario RAE). “Creo que las cosas son así”. Hay una inclinación favorable pero no una certeza absoluta. En tercer término, el saber: implica una certeza fundada en la experiencia personal o la evidencia inmediata o la demostración racional sobre una realidad. Y finalmente la fe: el que cree tiene una certeza que, sin embargo, no se funda ni en la evidencia inmediata ni en la demostración. El que cree ni ve ni puede demostrar. Cree en el testimonio de otro y está seguro de que lo que dice es verdad. Como dice el Bto. JOHN HENRY NEWMAN: “Si alguien dice: «Sí, ahora, en este momento, yo creo...; pero no puedo prometer que mañana también creeré», entonces es que tampoco ahora cree”.

La fe es por lo tanto seguridad. Ahora bien, ¿de donde le viene esta seguridad?: porque el testigo es *fidedigno* (digno de fe, creíble, confiable). “Creemos porque amamos” (Newman); y lo que el testigo afirma es creíble, no absurdo.

Esto es lo que dice el Catecismo de los Jóvenes:

Muchos dicen que la fe les parece poco, que quieren saber. Pero la palabra “creer” tiene dos significados diferentes: cuando un paracaidista pregunta al empleado del aeropuerto: «¿está bien preparado el paracaídas?» y aquel le responde, indiferente: «Creo que sí», no será suficiente para él; esto quiere saberlo seguro. Pero si ha pedido a un amigo que le prepare el paracaídas, éste le contestará a la misma pregunta: «Sí, lo he hecho personalmente. ¡Puedes confiar en mí!». Y el paracaidista replicará: «Te creo». Esta fe es mucho más que saber: es certeza. Y ésta es la fe que hizo partir a Abraham a la tierra prometida, ésta es la fe que hizo que los mártires perseveraran hasta la muerte, ésta es la fe que aún hoy mantiene en pie a los cristianos perseguidos. Una fe que afecta a todo el hombre (Youcat 21).

En la fe hay dos elementos: creo *algo* a *alguien*. Este alguien al cual le creo, tiene una importancia primordial: “Es importante **aquello en lo que creemos**, pero más importante aún es **aquel en quien creemos**” Benedicto XVI (28.5.2006), citado en Youcat 22.

La fe es la capacidad de creer, de tener confianza a quien nos interpela y de tener por verdadero aquello que nos dice. En el ser humano es innata la predisposición a creer. Sin una fe natural, que todo el mundo tiene, no podríamos ni confiar en los otros, ni aceptar determinados valores para fundar nuestro modo de actuar, ni perseverar en nuestros intentos frente a los eventuales fracasos y decepciones que nos ocurran. Sin ella, elemento esencial en el horizonte de todo ser humano, sería ficticia toda relación

interpersonal e imposible la vida en sociedad. “Creemos porque amamos” Newman. El que cree ve por los ojos del que sabe.

Para comprender mejor esto recurrimos a las enseñanzas de SANTO TOMÁS: “En igualdad de condiciones, ver es más que oír. Pero si aquel por el cual se sabe algo oyéndole está en condiciones de percibir mucho más que lo que uno puede ver por sí mismo, en ese caso, oír es más que ver”. II-II, 4, 8 ad 2. La fe implica por lo tanto inquietud del pensamiento: *motus cogitationis in ipso remanet inquietus* (*De veritate* 14, 1, ad 5).

En la misma línea se encuentran las palabras de un filósofo francés JEAN GUITTON quien en una entrevista respondió lo siguiente: “Siempre me he hecho preguntas porque siempre tuve dificultades. En este momento en que llego al final de mi vida, tengo aún dificultades ante cualquier dogma. Siempre me haré preguntas sobre la fe, porque la fe no es como la vista. Siendo así, uno puede preguntarse si no está loco cuando cree. Formularme preguntas sobre la fe es a la vez mi oficio, también mi vocación y, al mismo tiempo, mi suplicio. Pero las dificultades no son dudas”.¹

El Beato J. H. Newman dice: “Para el que cree, mil dificultades no hacen una duda. Para el que no cree, mil pruebas no hacen una certeza”.

RENÉ SCHWOB, en *Itinéraires de l’incrédulité a la foi*, sostiene: “Un convertido, es un hombre al que la gracia ha hecho conocer una verdad que viene a contradecir su autonomía”.

HIPPOLYTE TAINÉ (1828-1893) dice: “A la edad de quince años, la razón me apareció como una luz... Estimaba demasiado mi razón para creer en otra autoridad que no fuese la mía; no quise tomar sino de mí la regla de las costumbres y la conducta del pensamiento. El orgullo y el amor a mi libertad me habían liberado”.

En la vida cotidiana es razonable creer. Pero el concepto de fe, en su sentido más propio, no puede exigirse ni darse de hombre a hombre, sólo se realiza cuando creemos a Dios y en Dios.

Aquí conviene recordar las enseñanzas del Catecismo de la Iglesia Católica:

La fe es ante todo una *adhesión personal del hombre a Dios*; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que Él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que Él dice. Sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura (cf. *Jr* 17,5-6; *Sal* 40,5; 146,3-4)” (CATIC 150).

La fe es un acto humano:

Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas. Ya en las relaciones humanas no es contrario a nuestra propia dignidad creer lo que otras personas nos dicen sobre ellas mismas y sobre sus intenciones, y prestar confianza a sus promesas (como, por ejemplo, cuando un hombre

¹ GUITTON, JEAN (1989). “La filosofía o la elección total. Entrevista de Odile Baron Supervielle”, en *La Nación Suplem. Liter.*, p.1, 2 de abril de 1989.

y una mujer se casan), para entrar así en comunión mutua. Por ello, es todavía menos contrario a nuestra dignidad «presentar por la fe la sumisión plena de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad al Dios que revela» (Concilio Vaticano I: DS 3008) y entrar así en comunión íntima con Él (CATIC 154).

[Por otro lado,] “en la fe, la inteligencia y la voluntad humanas cooperan con la gracia divina: «Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia» (Santo Tomás de Aquino, *S.Th.*, 2-2, q. 2 a. 9; cf. Concilio Vaticano I: DS 3010) (CATIC 155).

En el número 156 dice:

El *motivo* de creer no radica en el hecho de que las verdades reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra razón natural. Creemos «a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos». «Sin embargo, para que el homenaje de nuestra fe fuese conforme a la razón, Dios ha querido que los auxilios interiores del Espíritu Santo vayan acompañados de las pruebas exteriores de su revelación» (*ibíd.*, DS 3009). Los milagros de Cristo y de los santos (cf. *Mc* 16,20; *Hch* 2,4), las profecías, la propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad «son signos certísimos de la Revelación divina, adaptados a la inteligencia de todos», motivos de credibilidad que muestran que «el asentimiento de la fe no es en modo alguno un movimiento ciego del espíritu» (Concilio Vaticano I: DS 3008-3010).

En el número 157 dice:

La fe es *cierta*, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir. Ciertamente las verdades reveladas pueden parecer oscuras a la razón y a la experiencia humanas, pero «la certeza que da la luz divina es mayor que la que da la luz de la razón natural» (Santo Tomás de Aquino, *S.Th.*, 2-2, q.171, a. 5, 3). «Diez mil dificultades no hacen una sola duda» (J. H. Newman, *Apologia pro vita sua*, c. 5).

En el número 158 dice:

«La fe *trata de comprender*» (San Anselmo de Canterbury, *Proslogion*, proemium: PL 153, 225A) es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor. La gracia de la fe abre «los ojos del corazón» (*Ef* 1,18) para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación, es decir, del conjunto del designio de Dios y de los misterios de la fe, de su conexión entre sí y con Cristo, centro del Misterio revelado. Ahora bien, «para que la inteligencia de la Revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones» ([DV](#) 5). Así, según el adagio de san Agustín (*Sermo* 43,7,9: PL 38, 258), «creo para comprender y comprendo para creer mejor».

En el número 159 dice:

«A pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber contradicción entre ellas. Puesto que el mismo Dios que revela los misterios e infunde la fe otorga al espíritu humano la luz de la razón, Dios no puede negarse a sí mismo ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero» (Concilio Vaticano I: DS 3017). «Por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede de un modo realmente

científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de fe tienen su origen en el mismo Dios. Más aún, quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son» ([GS](#) 36,2).

En el número 160 dice:

«El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe ser obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza» ([DH](#) 10; cf. [CDC](#), can.748,2). «Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados en conciencia, pero no coaccionados [...] Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús» ([DH](#) 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie. «Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino [...] crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él» ([DH](#) 11).

En el número 162 dice:

La fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo; san Pablo advierte de ello a Timoteo: «Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe» (1 *Tm* 1,18-19). Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que nos la aumente (cf. *Mc* 9,24; *Lc* 17,5; 22,32); debe «actuar por la caridad» (*Ga* 5,6; cf. *St* 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. *Rm* 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia.

En el número 165 dice:

Entonces es cuando debemos volvernos hacia los testigos de la fe: Abraham, que creyó, «esperando contra toda esperanza» (*Rm* 4,18); la Virgen María que, en «la peregrinación de la fe» ([LG](#) 58), llegó hasta la «noche de la fe» (Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, 17) participando en el sufrimiento de su Hijo y en la noche de su sepulcro; y tantos otros testigos de la fe: «También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe» (*Hb* 12,1-2).

La dimensión eclesial de la fe

La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros.

"Creer" es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. "Nadie puede tener a Dios por

Padre si no tiene a la Iglesia por Madre" (San Cipriano de Cartago, *De Ecclesiae catholicae unitate*, 6: PL 4,503A).

"Creo" (Símbolo de los Apóstoles): Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. "Creemos" (Símbolo de Nicea-Constantinopla, en el original griego): Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. "Creo", es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: "creo", "creemos".

Benedicto XVI. Reportaje tomado de la Revista *Chiesa*:

Siempre podemos creer solamente en el 'nosotros'. A veces digo que san Pablo ha escrito: 'La fe viene de la escucha', no del leer. También se necesita leer, pero la fe viene de la escucha, es decir, de la palabra viviente, de las palabras que los otros me dirigen y que puedo oír; de las palabras de la Iglesia a través de todos los tiempos, de la palabra actual que ella me dirige mediante los sacerdotes, los Obispos y los hermanos y hermanas. De la fe forma parte el 'tú' del prójimo, y forma parte de ella el 'nosotros'. El ejercitarse, el apoyarse mutuamente es algo muy importante; aprender a acoger al otro como otro en su diferencia, y aprender que él tiene que soportarme a mí en mi diferencia, para llegar a ser un 'nosotros', para que un día podamos formar una comunidad también en la parroquia, llamar a las personas a entrar en la comunidad de la Palabra y ponerse juntos en camino hacia el Dios vivo.

Eso forma parte del 'nosotros' muy concreto, como lo es el seminario, como lo será la parroquia, pero también el mirar siempre más allá del 'nosotros' concreto y limitado hacia el gran 'nosotros' de la Iglesia de todo tiempo y lugar, para no hacer de nosotros mismos el criterio absoluto. Cuando decimos: 'Nosotros somos Iglesia', sí, claro, es cierto, somos nosotros, no uno cualquiera. Pero el 'nosotros' es más amplio que el grupo que lo está diciendo. El 'nosotros' es la comunidad entera de los fieles, de hoy, de todos los lugares y todos los tiempos. Y digo siempre además que en la comunidad de los fieles, sí existe, por decirlo así, el juicio de la mayoría de hecho, pero nunca puede haber una mayoría contra los Apóstoles y contra los Santos: eso sería una falsa mayoría. Nosotros somos Iglesia: ¡Seámoslo! Seámoslo precisamente en el abrirnos, en el ir más allá de nosotros mismos y en serlo junto a los otros.

Como se puede advertir, Benedicto XVI se ha apoyado en el nombre de "Nosotros somos Iglesia" pero para remover el significado: desde un "nosotros" separado y contrapuesto a un "nosotros" que abarca a la Iglesia "de todos los lugares y de todos los tiempos".

El movimiento "Nosotros somos Iglesia" se constituyó en el año 1995 con una recolección de firmas en apoyo a una "Apelación del Pueblo de Dios", en la que se proponían la elección democrática de los obispos, el sacerdocio para las mujeres, la anulación de la división entre clero y laicado, la eliminación de la obligación del celibato para el clero, una nueva moral de la sexualidad, etc. La recolección de las firmas, que llegó a dos millones y medio, comenzó en Austria y posteriormente se extendió a Alemania, Italia, España, Estados Unidos, Holanda, Bélgica, Francia, Inglaterra, Portugal y Canadá. Al primer documento le han seguido muchos más. Pero el epicentro de "Nosotros somos Iglesia" está en Austria y Alemania, con un amplio seguimiento en el clero, con una cierta capacidad de presión sobre los mismos obispos y con una áurea de simpatía en diversos seminarios.

Salvo error, esta es la primera vez en la que Joseph Ratzinger, como Papa, ha citado a "Nosotros somos Iglesia" en un discurso público.

La Iglesia es la primera que cree, y así conduce, alimenta y sostiene mi fe. La Iglesia es la primera que, en todas partes, confiesa al Señor (*Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia*, —A Ti te confiesa la Santa Iglesia por toda la tierra— cantamos en el himno *Te Deum*), y con ella y en ella somos impulsados y llevados a confesar también : "creo", "creemos". Por medio de la Iglesia recibimos la fe y la vida nueva en Cristo por el bautismo. En el Ritual Romano, el ministro del bautismo pregunta al catecúmeno: "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?" Y la respuesta es: "La fe". "¿Qué te da la fe?" "La vida eterna".

La salvación viene sólo de Dios; pero puesto que recibimos la vida de la fe a través de la Iglesia, ésta es nuestra madre: "Creemos en la Iglesia como la madre de nuestro nuevo nacimiento, y no en la Iglesia como si ella fuese el autor de nuestra salvación" (Fausto de Riez, *De Spiritu Sancto*, 1,2: CSEL 21, 104). Porque es nuestra madre, es también la educadora de nuestra fe.

No creemos en las fórmulas, sino en las realidades que estas expresan y que la fe nos permite "tocar". "El acto [de fe] del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad [enunciada]" (Santo Tomás de Aquino, *S.Th.*, 2-2, q.1, a. 2, ad 2). Sin embargo, nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más.

La Iglesia, que es "columna y fundamento de la verdad" (1 *Tm* 3,15), guarda fielmente "la fe transmitida a los santos de una vez para siempre" (cf. *Judas* 3). Ella es la que guarda la memoria de las palabras de Cristo, la que transmite de generación en generación la confesión de fe de los apóstoles. Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre, nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de la fe.

Desde siglos, a través de muchas lenguas, culturas, pueblos y naciones, la Iglesia no cesa de confesar su única fe, recibida de un solo Señor, transmitida por un solo bautismo, enraizada en la convicción de que todos los hombres no tienen más que un solo Dios y Padre (cf. *Ef* 4,4-6). San Ireneo de Lyon, testigo de esta fe, declara:

"La Iglesia, diseminada por el mundo entero hasta los confines de la tierra, recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe [...] guarda diligentemente la predicación [...] y la fe recibida, habitando como en una única casa; y su fe es igual en todas partes, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y cuanto predica, enseña y transmite, lo hace al unísono, como si tuviera una sola boca" (*Adversus haereses*, 1, 10,1-2).

"Porque, aunque las lenguas difieren a través del mundo, el contenido de la Tradición es uno e idéntico. Y ni las Iglesias establecidas en Germania tienen otra fe u otra Tradición, ni las que están entre los iberos, ni las que están entre los celtas, ni las de Oriente, de Egipto, de Libia, ni las que están establecidas en el centro del mundo..." (*Ibíd.*). "El mensaje de la Iglesia es, pues, verídico y sólido, ya que en ella aparece un solo camino de salvación a través del mundo entero" (*Ibíd.* 5, 20,1).

"Esta fe que hemos recibido de la Iglesia, la guardamos con cuidado, porque sin cesar, bajo la acción del Espíritu de Dios, como un contenido de gran valor encerrado en un vaso excelente, rejuvenece y hace rejuvenecer el vaso mismo que la contiene" (*Ibíd.*, 3,24,1).